

**Crisis humanitaria en la frontera de la UE**

*El chantaje de Minsk a la Unión Europea al traficar con miles de falsos turistas podría volverse en su contra*

# El doble filo del ‘arma migratoria’

FÉLIX FLORES  
 Barcelona

**H**ace ya cinco meses que dura el pulso de Aleksander Lukashenko con la Unión Europea a costa de miles de personas que ha hecho llegar a su país. Muy pocas cosas han cambiado: ni el dictador bielorruso ha conseguido que la UE negocie con él –mucho menos, que le reconozca como presidente– ni el ente europeo ha sido capaz de frenar el flujo de personas que desde Oriente Medio quieren llegar a territorio comunitario y que se está convirtiendo en una crisis humanitaria, con la particularidad de que ésta se puede volver en contra del hombre que la ha provocado para vengarse de las sanciones impuestas por la represión desatada tras las elec-

ciones fraudulentas del verano del 2020. “Nosotros predijimos lo que iba a ocurrir y pedimos que se tomaran medidas. Ahora la UE ha llegado cuatro o cinco meses después al mismo punto de vista”, afirma el opositor bielorruso y diplomático Vladzimir Astapenko. Todo se puso en marcha tras el secuestro, en mayo, del vuelo de Ryanair de Atenas a Vilna (Lituania) para detener al periodista Román Protasévich, que provocó el bloqueo occidental del espacio aéreo bielorruso. En junio, los migrantes aparecieron en las fronteras de Lituania y Polonia. “Lukashenko vio que las tácticas de Turquía y Marruecos funcionaban y pasó al ataque”, comenta el analista bielorruso Pavel Slunkin, quien cree que –como ha señalado el Gobierno francés– “compañías próximas al poder han estado operando toda la logística”; es decir, agencias de viajes, concesión

de visados en capitales árabes o en Estambul, más hoteles y transportes en Bielorrusia hasta las fronteras europeas. “El hijo de Lukashenko viajó a países de Oriente Medio, y después empezaron a aparecer estas organizaciones” en las que “hay mucho dinero involucrado”, afirma Astapenko. El coste del viaje para muchas de estas personas –entre las que se cuenta una aparente mayoría de kurdos de Irakk– anda por los 3.000 o 4.000 euros. Y no se trata de refugiados, señala. “No lo son, porque han obtenido un visado legal de turismo”. En este aspecto, y con la mirada puesta en cuál debería ser la respuesta europea, el analista ruso Arkady Moshes, del Instituto Finlandés de Estudios Internacionales, es taxativo: “Occidente debería dejar claro para todo el mundo que estas personas no serán tratadas como refugiados porque no lo

son; son migrantes económicos”. Eso no quiere decir que muchos no puedan demandar asilo como refugiados (hay yemeníes, afganos...), pero de lo que se trata es de decirle a Lukashenko “que no se hablará con él de este asunto”. Estafadas por un tinglado mafioso, un número incierto de personas –que se contarían por miles– permanecen en Bielorrusia, en Minsk y en la ciudad de Grodna, la más próxima a la frontera, según Slunkin bajo estricto control policial, aunque se les vea sentados en los parques de la capital a la espera de traslado, o en centros comerciales comprando ropa de abrigo. Una vez en el sector cerrado de la frontera polaca, no se les permite retroceder. Algún medio independiente (apenas quedan en el país, y además no tienen acceso a la zona) dio cuenta del traslado forzoso esta semana de unas 500 personas a la frontera de Lituania.

Ante tanto forastero nunca visto, “la gente se irrita –dice Slunkin–. Y esta irritación es normal tanto entre los que están contra Lukashenko como los que odian a la UE”. “La única explicación que se está dando a la población es que miles de personas llegaron y es una catástrofe humanitaria; punto”, señala Vladzimir Astapenko. Y con la excusa de que no hay dinero para atajarla, el Gobierno ha pedido a organizaciones civiles que le son afines que colaboren. El jueves pasado empezó a llegar comida caliente. Hasta entonces, en imágenes oficiales solo se veía alguna botella de leche, una fruta, un paquete de galletas... Algún personaje cercano al régimen, en grabaciones de propaganda, ha dicho que Polonia debería abrir “un corredor humanitario”. Los tres analistas consultados creen que la UE no debe dejarse chantajear. Lukashenko, según



Leche, galletas y poco más en la tienda de campaña de una familia, ayer en el sector bielorruso de la frontera

LEONID SHCHEGLOV / AFP

## Los atrapados en la frontera polaca no empezaron a recibir comida caliente hasta el pasado jueves

Arkady Moshes, ha visto que Occidente “le ha tratado bien, y cuando él decía no, cambiaba de posición. Pero sí ve que Occidente no hace concesiones, las hará él”. Lukashenko juega con la idea de la debilidad occidental, y esto se aprovecha muy bien con una crisis migratoria. Pero hay diferencias: esos miles de personas en la frontera no es una enormidad para la UE; en cambio “puede ser problemático para las autoridades bielorrusas”, observa Moshes. La crisis se vive en un solo paso fronterizo con Polonia, pero el primer ministro de este país, Mateusz Morawiecki, amenazó con un cierre total de la frontera. Bielorrusia es zona de paso y “eso afectaría al comercio ruso en millones de dólares”, señala Slunkin. O, según Astapenko, “si se cierra la frontera, en una semana ya no habrá inmigrante en Bielorrusia”. La cuestión en todo caso es qué será de ellos. ●